

**B**UENOS DIAS, lector amigo. Unas pocas líneas para explicarte que mi saludo dominical desde el Rotograbado, será diario desde el DIARIO. Y para decirte que, por mi, encantado de comentar todos los días en estas páginas alguno de los importantes temas de automovilismo, tránsito, seguridad, etc., de los que tanto hay que hablar y volver a decir.

Además de saludarte, tengo una pretensión muy señalada al encontrarme contigo cada mañana. Es ésta: ¡caerte bien! Pocos años atrás, cuando escribía con asiduidad todos los domingos —primero en el periódico, después en el Rotograbado— he recibido múltiples y valiosos estímulos tuyos que me han animado a proseguir. Pero el que me soportaras un día a la semana no me da pie para pensar que pueda decir lo mismo ahora que me veo comprometido a la dura brega diaria, por disponerlo así la Dirección del "Decano", que ha querido ofrecer un servicio más a los lectores del DIARIO con esta sección fija.

Te repito: mi afán es servirte. Mi pretensión, "caerte bien". Y para ello necesito tu ayuda. Si alguna vez chocan mis ideas con las tuyas porque pienses todo lo contrario de lo que yo opino; o entiendes que estoy equivocado de medio a medio; o te sientes aludido o molesto por algún enfoque mío, no te quedes callado. Dímelo. Igual que yo te escribo a ti todos los días, escíbeme tú a mí cuando quieras, que de tu valiosa colaboración han de nacer los mejores trabajos de este periodista. Y... vamos a entrar en materia.

Este último fin de semana fué, como tantos otros, trágico en accidentes del tránsito. En el que ocurrió en Puentes Grandes, entre un ómnibus "Metropolitano" y un camión, la "guagua" se volcó resultando dieciséis personas heridas entre pasajeros y tripulación, algunas de gravedad. Y a consecuencia del impacto, murió un hombre que viajaba en el camión.

Otro grave choque tuvo lugar el sábado en el entronque de la carretera Santa Catalina y la calzada de Vento entre un ómnibus colegial —que a Dios gracias venía vacío— y un automóvil. En el lugar exacto en que se produjo este choque, existe un semáforo. Y frente a un semáforo se puede aceptar que suceda un abollado de guardafangos, un encontronazo ligero por las defensas u otra colisión cualquiera de poca monta. Pero lo que no se concibe de ningún modo es que se produzca un choque violento. Sin embargo, en éste que apuntamos el automóvil quedó desbaratado y su chofer resultó muerto; por mejor decir, destrozado.

Es el eterno drama de la calle. Todo el mundo sabe que no se puede correr... pero se corre. Nadie ignora que los semáforos no son figuras decorativas, sino instrumentos de control y que tenemos que observarlos con mucha atención, acercarnos a ellos con prudencia y respetar sus órdenes lumínicas... pero son muchos, muchísimos, los que no les hacen el menor caso. Al parecer, esta fué la causa de la tragedia de Santa Catalina y Vento. El resultado de las investigaciones dirá la última palabra, pero según informes extraoficiales todo indica que el chofer del automóvil se acercaba velozmente al semáforo por Santa Catalina —dirección de Boyeros a la Víbora— y en el momento en que el aparato cambiaba la luz roja por la verde y amarilla (izquierda únicamente) o no se fijó bien, o creyó que se trataba de un semáforo con la luz verde en forma de flecha —en cuyo caso también se puede seguir con verde y amarilla además de doblar a la izquierda. La cuestión es que seguramente trató de pasar sin disminuir la velocidad que traía y se encontró con el ómnibus que en ese momento, y desde la dirección contraria, doblaba a la izquierda para entrar en la carretera de Vento, amparado por la luz verde y amarilla.

Estas tragedias del tránsito, tal parece que las vemos únicamente como casos aislados, ajenos, incapaces de impresionarnos y de hacernos pensar en el luto y el dolor que sobre la familia cubana arrojan año tras año, y desde hace muchos.

Sin embargo, la infalible realidad de las estadísticas nos señalan muy claramente que cada dos días han venido muriendo tres cubanos en accidentes del tránsito, por los cuales, nada podemos hacer ya, sino dolernos de su desgracia e implorar por ellos. Pero, por los que han de seguir cayendo en la alarmante proporción antes mencionada; de continuar como van las imprudencias y los errores, sí que podemos hacer. Cada cual en su posición y con los métodos a su alcance, está en la obligación de hacer que todo el que maneje un automóvil o un vehículo de motor cualquiera, se grave bien grabada la lección de que las calles; ni de día ni de noche, despejadas de vehículos o congestionadas de ellos, no son pistas de carreras. Que en cada cruce, con semáforo o sin él, está presente el peligro, dispuesto a caer encima al menor descuido. Y que el automóvil, resulta en un instrumento de muerte y de destrucción si no lo controla debidamente un cerebro humano normal. Seamos inteligentemente prudentes y no nos empeñemos en ser la próxima víctima. Que si no lo hacemos así, la suerte que hasta ahora nos acompañó, a lo mejor se cansa de tanto trabajo como le estamos dando.